

NOTAS DE LA SEMANA

Nos hallamos, Juan amigo, sin darnos cuenta, en el 1928 y en un país próspero y rico, según lo declara nuestro primer gobernante, lleno de optimismos y de fe en el porvenir patrio.

Los Reyes Magos, a los que pasamos de la edad dichosa, nos han traído un tiempo mejor que el que veníamos sufriendo y todos hemos disfrutado de un pedacito de sol con verdadera deleitación.

En las tiendas de juguetes, los alegres papás, por encargo de Melchor, Gaspar y Baltasar, cargaron de lo lindo, dejando los estantes vacíos. ¡Quién no complace en este día tradicional las peticiones de los niños, emborronadores de cartas, pidiendo un aeroplano y un tambor!

Una fiesta encantadora fué la celebrada en la Casa de Beneficencia, organizada por el vicepresidente de la Diputación, señor La Muela, a la que asistieron el gobernador civil señor Pérez Roldán y distinguidas personalidades. Los pobrecitos *hijos de nadie* recibieron con loca algazara la ofrenda de los Reyes, de manos de bellísimas señoritas que ocuparon los estrados de la presidencia. La Banda provincial amenizó la fiesta, que duró cerca de dos horas. Nada más hermoso, ni más sugeridor de emociones buenas, que el rato de presenciar el cortejo de los pobrecitos asilados, llevando a sus manecitas el juguete de la caridad oficial. Se sentían alegres, satisfechos, dichosos, aunque les faltase lo que otros niños tienen: el beso de la madre.

Una gran mejora, digna de aplauso y que ha sido bien recibida por todos los socios de la Constancia, ha llevado a cabo la Directiva de esta sociedad. Se trata de la cómoda y adecuada instalación de la biblioteca en un apartado salón, propicio a la lectura y al estudio.

De la primera conferencia sobre Fray Luis de León, celebrada en Cervantes, no pienso hablarte en este lugar, porque en otro hallarás, aunque sucintamente, la referencia de tan grandiosa solemnidad literaria, y su autor, el señor Martínez Kleiser, continúa recibiendo calurosas felicitaciones de todas partes.

Hemos perdido esta semana un buen cristiano y un laborioso industrial, D. Juan Rodríguez López, a cuyo sepelio acudió todo Cuenca, en sentida manifestación de duelo.

Del Concejo y de la Diputación: qué quie-

res que te cuente, mi buen Juan, que tú ya no sepas si eres inclinado a comentar las cosas públicas.

Los entradones de Cervantes, hasta la coronilla, mostrándose el público cada día más aficionado a los grandes films. Estoy viendo un 2 de mayo en la taquilla para presenciar el próximo domingo «El fresco de las trincheras», por Chaplin.

Y con un baile de Reyes, han terminado los chicos charlestones la temporada de Pascuas en el casino.

En enero, maulla el gato en el alero y no olvides presentar tus declaraciones del libro de ventas, porque si no te revientas. Salud y buen año.

X. X. X.



Noche de Reyes

Puse un zapato al balcón por ver si algo me ponía Melchor, y al siguiente día lo encontré sin el tacón.

Al chico de don Rolote, que es un muchacho travieso, le pusieron un divieso en la mitad del cogote.

Ana, que un novio pedía se halló con un papelito que estas palabras decía: «Es ya mucho el encarguito».

Un grave republicano que en las tertulias se raja, halló puesto en su ventano los reyes de la baraja.

El procurador Marcial pidió un auto para el nene y hoy he visto que lo tiene, pero es auto judicial.

Una chica pizpireta que presume, pero un rato, halló dentro del zapato «El arte de ser coqueta».

Del balcón de nuestra vida todos un algo esperamos, y conforme a viejos vamos, vemos la ilusión perdida.

El Tío CORUJO.

EL CASTIGO DE LOS NIÑOS



TAL es el título de una Memoria premiada por la Sociedad Francesa de Higiene de la Infancia y que el doctor O'Folowell ha dado a la estampa.

Todo lo que trata de niños me apasiona. He leído, pues, ese libro, quizá no tanto para instruirme—pues en materia de educación tengo ideas muy arraigadas en mi corazón—como por el gusto de encontrar en él un eco de mis ensueños, cual es el caso con esa notable obra.

Que el niño, esa hermosa flor de la naturaleza, creada para la luz y para el cariño, sea azotado, instruido por medio de cachetes y del calabozo, tratado como un esclavo, me ha parecido siempre monstruoso. Y que en nuestros días aún haya padres que peguen a esos inocentes, me parece intolerable.

Para esos verdugos que atentan contra la niñez y que degradan al pequeño tesoro humano, que tienen el deber de educar, quisiera ojo por ojo, suplicio por suplicio y que se les devolviese todo lo que han dado.

Los verdaderos educadores os dirán que se consigue de los niños todo lo que se quiere: disciplina, obediencia, respeto, ternura... a condición de que ese joven ser pensante sea educado tempranamente en la estimación de sí mismo, en el honor más tarde y que sienta en su alma débil el sol y la fuerza de vuestro cariño.

Las Memorias inéditas de Dubois nos enteran de que el futuro rey-sol fué apaleado por la camarera Lacoste y recibió puñetazos de su ayo Montansier. Y si no murió, fué porque el corpiño aballado que llevaba para sostenerle firme el talle le preservó del rigor de los golpes.

Las hijas no tenían mejor trato.

Dícese que en cierta ocasión, al encontrar Luis XIV a sus propias hijas escondidas en un cuarto para fumar un cigarrillo, encontró el hecho tan contrario a la dignidad real, que él mismo les dió en las nalgas.

Desde lo alto hasta lo bajo de la escala social la regla general de educación era el palo.

En aquellos tiempos había una especie de emulación entre padres, maestros y criados en corregir a los niños a fuerza de brazo.

O'Folowell se indigna, y con él todos los que profesan el respeto a la debilidad.

Abusar de la fuerza física con el ser sin defensa, que espera de vosotros la luz, es la más baja de las villanías.

«De todas las especies sensibles—escribe Bernardin de Saint-Pierre—, la humana es la única cuyos pequeños sean criados a fuerza de golpes».

O'Folowell conoce los principios de los grandes educadores: dulzura, paciencia, autoridad, justicia, disciplina, bondad, firmeza. Sabe también que castigar es un arte, y que éste no consiste en pegar ni en humillar, porque la criatura a quien se rebaja, si tiene el instinto del honor, experimenta una vergüenza que engendra la rebeldía.

Además O'Folowell es médico y conoce las verdades profundas y patéticas y las fuentes secretas de la responsabilidad.

Todas esas violencias, que han labrado las posaderas y endurecido las almas, no se acomodan ya con nuestro tiempo ni con el sentimiento que tenemos de la libertad y del respecto que se debe al niño.

Por lo demás, esos castigos vergonzosos y serviles, aun en la época en que eran costumbre corriente, han dejado rencores profundos y crearon a menudo rebeldes.

Julio Valdés, entre otros, no supo jamás olvidar ni perdonar el dolor de su infancia humillada Azotado por su madre, maltratado en la escuela, un día que encontró a uno de sus maestros de quienes había recibido palizas, lo cogió por los puños, y con la rabia en los labios, le dijo:

—Os tengo y os mantendré así el tiempo necesario para deciros que sois un cobarde, cachetearos y daros de punta-piés...

Y lo cacheteó y le dió de puntapiés hasta no poder ya más, vengando así a los hijos que como él crecieron en las tinieblas del alma.

Una educación sin amor, ¡qué cárcel!

Ivonne SARCEY.

Aficionados: enviad vuestras fotografías de asuntos regionales a esta Revista, que los publicará con agrado. Queremos coleccionar en estas páginas todas las manifestaciones artísticas del solar conquense. Contribuir a su divulgación, es una labor de sano regionalismo.